

observa que los Fijianos «no parece que conozcan línea alguna divisoria entre los hombres vivientes y los dioses,» y nos cuenta que uno de los jefes decía á Mr. Junt: «Si vos morís primero, os hago mi dios.» Mr. Alfredo Wallace, que ha tenido muchas ocasiones para estudiar á los hombres primitivos, dice de los insulares de Aru:

«No dudo de que en la próxima generacion, ó tal vez antes, no me halle yo transformado en hechicero ó semi-dios, en autor de milagros, y en un sér dotado de conocimientos sobrenaturales. Creen ya que todos los animales que conservo volverán á vivir; y contarán á sus hijos que esto efectivamente se ha realizado. Un insólito buen tiempo que se ha producido coincidiendo con mi llegada, les ha hecho creer que soy dueño de las estaciones.»

Finalmente, sabemos que una apoteosis como la que prevé Mr. Wallace, se ha realizado ya en una isla vecina. Law, en su *Sarawak*, dice que los Dayaks atribuyen un poder sobrenatural al rajah Brooke. Se le invoca con los dioses restantes.

Con tanta abundancia de pruebas respecto al génesis de los dioses como procediendo de extranjeros superiores, no podemos, sin perversidad, tratar de ficciones las historias halladas en muchos países, segun las cuales, ciertos dioses les habrían importado los conocimientos y las artes. Mendieta relata que el principal dios de Méjico, Quetzalcoatl, que venía del Oriente, era «un hombre blanco de elevada estatura, de frente alta, ojos grandes, largo cabello negro y una gran barba corrida;» él instruyó á los habitantes, reformó sus costumbres y se volvió por el mismo camino por el que había venido. Leemos tambien que el gran dios de los Chibchas, Bachica, era un hombre blanco barbudo, que les dió leyes é instituciones y desapareció despues de haber vivido largo tiempo en Sagamosa. En la América del Sud vemos otro tanto. Humbold cuenta que «Amalivaca, padre de los Tamanacs, esto es, criador de la raza humana (porque toda nacion se considera como el tronco de las demás naciones), llegó en una barca.» Despues se reembarcó. «Amalivaca era extranjero como Mancó-Capac, Bachica y Quetzalcoatl.»

En ciertos casos, los extranjeros notables que se convierten en dioses de un pueblo, pasan por ser las almas en pena de los hombres notables de este pueblo. En su origen, el pensamiento no distingue entre los espíritus y los dioses; y como ninguno de ellos podria ser distinguido por una persona viviente, llega un caso, como se ha visto, en que los Australianos, los Polinesios y los

Africanos, tienen á los blancos por los duplicados de sus propios muertos. Leemos que entre los Wanakas «la palabra *Mulunga*, que se aplica como la palabra cafre *Ulunga* al Supremo, se aplica tambien á todo aparecido ó alma en pena, bueno ó malo;» véase, pues, por qué los Europeos son indistintamente llamados espíritus y dioses. Tambien hallamos natural que, segun el relato de Ellis, los naturales de las islas Sandwich «á la llegada del capitán Cook supusieran y contaran que había vuelto el dios Rono,» y que por consiguiente, se prosternara el pueblo ante él. No nos sorprendemos más de la creencia de que «tan luego como los Españoles hubieron desembarcado, se anunciara hasta en las más pequeñas villas que habían llegado los dioses;» ellos, en efecto, esperaban «la vuelta de su dios Quetzalcoatl» y de sus compañeros. En fin, nos explicamos el pasaje de Piedrahita, á propósito de los Chibchas, cuando dice que en Turmeque atestiguaron á los Españoles la misma veneracion y el mismo culto que á sus dioses, quemando inciensos delante de aquéllos.»

Hallamos, pues, bajo condiciones diferentes, nuevos ejemplos de la misma verdad general; esto es, que el dios primitivo es el hombre superior extranjero ó indigena; que se le invoca durante su vida y más aun despues de muerto.

De la deificación de individuos pertenecientes á razas superiores, se pasa por una transición general á la de las razas conquistadoras, pero no ya de los individuos, sino de la raza entera. Se comprende desde luego la expresion «los dioses y los hombres,» que se halla en las tradiciones de diferentes pueblos.

Admitamos como hecho establecido, que toda tribu de salvajes tiene una palabra para designar el hombre, la cual se aplica igualmente á los miembros de su tribu y á los de las otras; pero como de ordinario nos equivocamos, desde el momento que asimilamos á las nuestras sus ideas y sus palabras, con frecuencia sucede que la palabra que se designa los hombres es el nombre de su tribu. Ya hemos visto que entre los Guaranios de la América del Sud una misma palabra significa hombre y guaranio. En la América del Norte, el pueblo conocido por el nombre de Thlinkits, no tiene otra palabra que este mismo nombre para designar los seres humanos; una raza vecina, los Tinneh, nos ofrece un ejemplo análogo. En África tambien, el nombre indigena de las tribus cafres es *Abantu*, Bantu (plural de *Ntu*, hombre); y el de los Hotentotes es *Koi-Koin* (es decir, hombres de los hombres, pues viene de *Koi*, hombre). En Asia, entre los Karens, segun Mason, «algunas tribus tienen un nombre distintivo que les es propio, y todas estas tribus, hablando respectivamente de las otras, se sirven para designarse de la palabra que quiere decir el hombre.»

Segun Kotzebue, los Kamtschadales no tienen nombre para designarse á sí mismos ni á su país. Se apellidan simplemente hombres y se contemplan como los solos habitantes de la tierra ó como superiores á los demás, únicos dignos de este título. Nilsson, más esplicito aun, en su libro *La edad de piedra*, generalizando estos hechos, dice que todas las naciones toscas se reservan el título de hombres y designan á los demás de diferente manera.

Veamos ahora lo que sucede cuando los salvajes que se llaman *hombres* á sí mismos son vencidos por otros que llevan otro nombre, pero de quienes la conquista revela la superioridad, que en el espíritu del hombre primitivo equivale á la divinidad. Evidentemente los nombres de vencedores y de vencidos se convierten en equivalentes por el sentido, de las palabras «dioses y hombres». En ciertos casos tambien el nombre que los vencedores se dan produce necesariamente este efecto. Santhey nos muestra que entre los Tupis, la palabra *tupa* quiere decir padre, ser supremo y trueno; esta palabra pasa fácilmente de la primera de estas significaciones á la última, y la bárbara vanidad de algunas tribus ha tomado de ella un nombre para sí. De suerte que si los hijos de Tupa, que quiere decir «hijos de Dios», acaban de subyugar un pueblo cuyo nombre es equivalente de la palabra «hombre», no puede ménos darse el caso de que se distinga á vencedores y vencidos llamándoles respectivamente «dioses y hombres».

Y ahora ¿qué debemos pensar de las palabras «dioses y hombres» que hallamos en las leyendas de las razas superiores? Cuando en *La edad de piedra* de Nilsson leemos que se hallan en Escandinavia rasgos distintos de antagonismo entre los aborígenes y los inmigrantes, tan antiguos como las edades de piedra y de bronce, y cuando vemos en las leyendas escandinavas de Odin, Frey y Niort y otros dioses, que éstos fueron de Godheim (la casa ó tierra de los dioses) á Manheim (la casa ó tierra de los hombres), que reinaron y fueron adorados en ella, que á su muerte háse creído que habian vuelto á Godheim, como creen las razas primitivas que despues de su muerte vuelven á su patria, nosotros deducimos, á despecho de toda interpretacion mitológica, que estos *dioses* y estos *hombres* no eran sino las razas conquistadoras y las razas conquistadas. Cuando leemos en Pausanias que una leyenda popular entre los Griegos, hacia de los antiguos Arcadios «los huéspedes y comensales de los dioses», no diremos que esta creencia nazca de una pura ficcion inventada desde que los dioses fueron creados por la personificacion de las fuerzas de la naturaleza, pero sí que esta tradicion toma su origen en las conquistas de las razas más antiguas por las más modernas, cosa que Hesiodo permite suponer, con-

quistas que han debido tener lugar y dejar exagerados relatos. Lo mismo diremos de los «hijos de dios y de los hijos de los hombres» de la relacion hebraica. Si recordamos la reprobacion que por todas partes han llamado sobre sí los matrimonios entre una casta conquistadora y la casta sujeta; si recordamos que segun las creencias de los Griegos, éstos veian una transgresion en el amor en virtud del cual la raza de los dioses se apasionaba por la de los hombres; y si finalmente recordamos que en los tiempos feudales de nuestra historia la union de los nobles con los siervos era un crimen, no tendremos dificultad alguna para descubrir de dónde procede la historia de la caida de los ángeles.

Quien quiera que sea, que despues de considerar estos hechos, recuerde los nombres atribuidos por los salvajes contemporáneos á los Europeos, y que la idea que de ellos se forman, dan lugar aun hoy dia á leyendas «de hombres y dioses»; en nuestra opinion no le será ya posible la duda. Si alguna quedará, se disipará con la lectura de la leyenda de los Quiches, que explica con harta claridad la historia de una raza de invasores que, apoderándose de una posicion elevada y manteniendo en el terror á los naturales del llano, se han convertido en los dioses del país vecino, mientras que la montaña que ocupan ha venido á ser el Olimpo de aquel país. (Véase el apéndice A).

Esto nos lleva una vez más á los dioses (*arios*), aunque considerados bajo otro punto de vista. A fin de decidir cuál de las dos hipótesis concuerda mejor con los hechos, veamos cómo los primeros Griegos concebían efectivamente á sus dioses, prescindiendo de como han adquirido sus concepciones. En fin, comparemos su panteon con el de otra raza, la de los Fijianos.

El dios griego se nos presenta por todas partes bajo la forma de un hombre poderoso, como el dios Fijiano. Entre éstos, los dioses «toman á veces la forma humana, y entonces se muestran á los hombres»; cuan frecuente era este género de teofanía entre los Griegos, nos lo muestra la Iliada á cada página. Un dios griego se parecia tan exactamente á un hombre, que se necesitaba una penetracion particular, un don sobrenatural para reconocerle; y como hemos visto, es difícil encontrar entre los Fijianos lo que distingue á un dios de un hombre. En el panteon fijiano hay grados, funciones distintas, un dios-jefe, dioses mediadores, dioses para cosas y para lugares distintos; lo mismo sucede en el panteon griego, jerarquía de dioses en la que cada uno tiene su rango y funcion propias. Las divinidades fijianas pueden dividirse en dioses propiamente dichos, y en mortales divinizados, de algunos de los cuales

se ha olvidado, mientras que de los otros se conserva aun en la memoria; sabemos por otra parte que tambien entre las divinidades griegas habia mortales que habian recibido la apoteosis. Uno de los dioses fijianos tiene por título «el adúltero»; tambien podria aplicársele á diferentes dioses de Grecia. Otro se llama «el raptor de mujeres», nombre del que no era indigno Zeus. El apelativo que lleva otro dios fijiano «El que sale fresco del degüello» convendria á Ares que lleva el nombre de «Sangriento». Los dioses fijianos aman y aborrecen, son orgullosos y vengativos, se matan y se comen los unos á los otros; y si comprendemos en el panteon helénico las primeras generaciones de dioses, veremos que se cuentan de ellos las mismas atrocidades. Verdad es que no se les acusa de canibales, pero Poseidon ama á su hijo el canibal Polifemo; y aun cuando no se tenga noticia de batalla alguna entre los dioses, sabemos que Zeus fué salvado de una conspiracion por Thétis, y que los dioses no cesan de querellarse y dirigirse mútuos reproches. Zeus mismo es vilipendiado por su hija Athéné, como tambien por la furia divina Here. Los dioses fijianos se juegan malas partidas unos á otros ni más ni ménos que los de los Griegos. De vez en cuando los Fijianos «se irritan contra sus dioses, les injurian y les provocan al combate»; entre los Griegos tambien se injuriaba á los dioses cara á cara; Helena injuria á Afrodite, y si no se provocan al combate, por lo ménos toman parte en ellos, y tambien en ellos son vencidos, por ejemplo, en el de Diomedes contra Ares; tambien se encuentran amenazas proferidas contra los dioses, por ejemplo, cuando Laomedonte se niega á pagar á Poseidon su salario, y le amenaza con cortarle las orejas. Los Fijianos tienen una historia en la cual se vé que los dioses de un bote zozobran en el mar; una mujer les recoge y conduce á la morada de un jefe para que se sequen, la que puede compararse con la de Dyonyssos que, asustado por el Tracio Lycurgo, se refugia en el mar donde fué preso por los piratas, atado y conducido á bordo de su buque. Es verdad que Dyonyssos se desató; pero sabemos que en otras ocasiones los dioses quedaron esclavos de los hombres, por ejemplo Proteo, y el mismo Ares, que Otus y Efilte guardaron prisionero durante trece meses, y Apolo, que lo fué de Laomedonte. Los dioses fijianos son, pues, materiales y humanos; viven, comen y obran como los hombres. No lo son ménos los de los Griegos. Éstos hablan, comen bien, beben y se divierten durante el dia, y se meten en cama al ponerse el sol; «el tonante del Olimpo, Zeus, se tendió sobre su cama» y se durmió. Son heridos por las armas de los hombres. Ares, herido, es curado por un «emplasto emoliente»; y Afrodite, despues de haber perdido un poco de sangre, loco de dolor, toma el carro de su hermano y se

Barris y C^o Editores.

Lit. Miralles, Union 17.

APHRODITA.